

la luz en las iglesias

Texto y fotografías: José Miguel Navarro

Proyección de la ventana trifora en San Juan de Busa

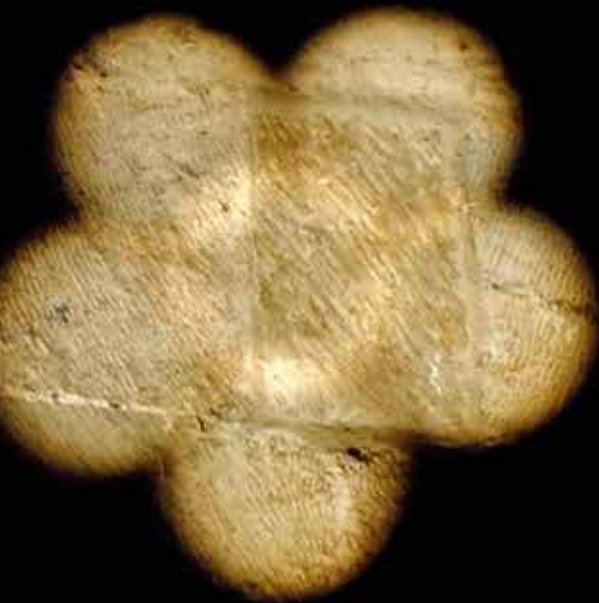
Ego sum lux mundi (J. 8,12). Esta máxima, atribuida a Cristo en los evangelios, fue reinterpretada por los constructores medievales a partir del románico y sobre todo, en el gótico y en el barroco, para dar lugar a un sorprendente –e inédito– uso simbólico de la luz solar (y en algunos casos lunar) en algunos edificios sagrados de nuestra comunidad, aunque debe de ser una constante a lo largo de toda Europa.

En ellos, la luz adquiere un protagonismo esencial cuando incide sobre representaciones iconográficas muy significadas, produciendo efectos con especial carga simbólica que parecen haber tenido una función capital para el desarrollo de determinadas liturgias, cultos y rituales. Estos efectos, buscados, calculados y meditados, se constatan especialmente en diferentes fechas relevantes de los ciclos astrales, o bien en determinadas fechas distinguidas para el calendario litúrgico cristiano. Aunque es a partir del medievo cuando el uso de la luz se convierte en un elemento cultural de primer orden, tenemos constancia (más bien intuimos) del uso consciente de situaciones u orientaciones de determinados elementos naturales o construcciones anteriores, que se vincularían con determinados eventos astronómicos y/o solares. Recientes investigaciones en lugares como algunos abrigos de la sierra de Guara o del extraordinario observatorio astronómico de Oliete, en Teruel, así parecen indicarlo.

Y aún siendo un número significativo las hasta ahora documentadas, sabemos de la existencia de algunas más que, por diversos avatares (reformas, ruina), han desaparecido. Como ejemplo, tenemos un valioso documento estudiado y divulgado por Eugenio Monesma, que nos pone sobre la pista de un efecto lumínico, tomado como milagro en 1609, que se produjo en la ermita de los Dolores, muy cerca de Huesca y que hoy por hoy sería irrepetible dada la ruina del inmueble.¹

¹Monesma Moliner, E. *Un milagro en la ermita de los Dolores*. Rev. Alacay Nº 39. Enero-junio de 2019.

Por otro lado, tenemos que tener en cuenta que estos fenómenos no fueron concebidos como momentos puntuales, meros “efectos especiales” destinados a mantener el interés de los fieles o divulgar un dogma (aunque bien podrían haberlo hecho así en alguna ocasión con el uso de cortinajes). En muchos casos, nos narran historias crípticas, desde su inicio hasta su final, teniendo que poseer el observador amplios conocimientos de simbología, teología, hagiografía o historia para llegar, siquiera, a una aproximación de su posible intencionalidad e interpretación. Por último, tendremos que tener en cuenta que, en la actualidad, la profusión de luz artificial y de alabastros en vanos tampoco ayuda. Hemos de imaginar estos fenómenos en el claroscuro de los templos, con luz de velas y con el recogimiento y los ojos de aquellas gentes que les dieron vida y con los que murieron. Solo así podremos llegar a intentar interpretarlos y comprenderlos en toda su dimensión.



El haz de luz con forma de flor avanza hacia una ventana en el ábside de Loarre

LOARRE

Ampliamente conocido y divulgado, el castillo románico mejor conservado de Europa todavía guarda secretos. Dos veces al año y durante unos pocos días, la luz que entra por el óculo situado a poniente de la bóveda de la iglesia alta, dedicada a San Pedro, dibuja una flor originada por unas perforaciones en el alabastro que lo cubre. Aunque estéticamente es impecable, cabe pensar que el alabastro y las perforaciones son muy posteriores siendo éste, en origen, simplemente un haz de luz circular y muy potente.

Después de avanzar de izquierda a derecha por la pared, la luz incide durante unos segundos mágicos sobre una talla moderna de la virgen situada a media altura en el eje del ábside.

Una vez sobrepasado el centro del ábside y cuando parece que todo ha acabado, la luz se dirige decididamente hacia arriba, hacia una de las ventanas (siempre manteniendo

